

LOS GRANDES OLVIDADOS- MIGUEL BRAVO SENTIES.

Por Herminio Portell-Vilá.

MIGUEL Bravo y Senties es una de las figuras más singulares de nuestra historia revolucionaria. Su nombre aparece solamente en algunas monografías de especialización, como esos detalles particularizados de que se prescinde en las obras de síntesis por considerarlos elementales o intrascendentes.

Y, sin embargo, Bravo y Senties fué, posiblemente, uno de los hombres que mayor influencia ejercieron en el desenvolvimiento de la Guerra Grande y aún en su fracaso del Zanjón, por su temperamento apasionado, por su ardiente patriotismo, por su talento brillante y su fogosa oratoria.

Los años de su mayor actividad los vivió en la manigua, en el último lustro de la Guerra Grande; y sin duda que su temprana muerte, y la tormenta de odios y pasiones que despertó a su paso, fueron las causas determinantes del vacío causado en torno a esa gran figura de la revolución.

Parece que era un formidable improvisador, de arengas galvanizadoras. Apenas si queda algún fragmento de sus discursos en campaña, con tal o cual información periodística anterior a Yara y en la que se transcribían palabras de Bravo Senties, entonces concejal del ayuntamiento de Cárdenas, en algún acto público o en las deliberaciones del consistorio cardenense. Lo que se conserva, no obstante, basta para aquilatar sus dotes de orador y para reputarle, de conformidad con el juicio del brigadier Francisco Varona, como "... el alma de todas las reuniones pues apenas toma la palabra arrastra todas las opiniones y es escuchado con el mayor entusiasmo".

La opinión del brigadier Varona se completa con estas expresivas palabras del historiador cienfueguero don Pablo Díaz de Villegas acerca de Bravo Senties, del que dice que era "... un individuo de esos que donde quiera que el destino los coloque no hacen más que daño. Si están en lo alto son voluntariosos y arbitrarios; si están en lo bajo intrigantes".

Fué Bravo, como acabamos de ver, un hombre discutido. Y aún entre las censuras de Díaz de Villegas, que llegó a calificarlo de "ángel malo de la revolución", se encuentran elogios de su clara inteligencia, de su preparación y su lealtad a Céspedes. Figura sobre la cual pueden presentarse tan disímiles pareceres, ha de ser figura interesante; sin duda, digna de estudio.

Bravo Senties era habanero, pues nació en esta ciudad de San Cristóbal de La Habana en 1833. Cursó estudios de medicina en Cuba y en España, y al regresar a la patria con su flamante título profesional, después de haber concluido sus estudios en 1855, fué a ejercer su carrera en Cárdenas, por recomendación de un pariente suyo allí vecindado. De aquí el error muy generalizado de considerar como hijo de Cárdenas a ese gran cubano, que en ella desempeñó papel muy principal como concejal de su ayuntamiento y conspirador activísimo.

Hombre de gran cultura, que conocía varios idiomas y había viajado con alguna extensión, su labor como edil quedó marcada por las más progresistas iniciativas de buen gobierno local, en las que le acompañaban los españoles que con más recelos observaban su actuación y que no podían sustraerse al

encanto personal y la simpatía del notable médico. Era, además, Bravo Senties, un hombre de ciencias. Su colaboración con el gran investigador francés Henri Dumont, permitió a éste la preparación de no pocos de sus trabajos científicos, entre ellos el volumen titulado *Antropología y patología comparada de los negros esclavos*, publicado hace pocos años merced a los generosos esfuerzos de Fernando Ortiz e Israel Castellanos.

La vida profesional y social que hacía Bravo Senties en Cárdenas le facilitaba su actuación como mediador entre los conspiradores de La Habana y los de Cárdenas, que le reconocían como jefe indiscutible. Cuando sobrevino el Grito de Yara, sin armas, sin instrumentos, esperó a que se le determinase la fecha del alzamiento en la región occidental, y en ello estaba cuando por una confidencia llegaron los españoles al conocimiento de lo que se tramaba, y el 7 de febrero de 1869 fué detenido Bravo, con otros patriotas cubanos, siendo todos remitidos a La Habana, donde permanecieron por espacio de muchos días en espera del buque que habría de conducirlos al tétrico islote africano de Fernando Póo. Poco después, formando parte de un contingente de 250 deportados que el gobierno español enviaba al triste presidio, fué Bravo Senties en la sentina del *San Francisco de Borja* a cumplir su condena.

Las torturas de aquella espantosa travesía, mal alimentados, sin luz, sin ventilación y sin aseo, atormentados por las crueldades de los feroces guardianes, fueron descritas por el propio Bravo en su libro *Revolución cubana. Deportación a Fernando Póo*. Por los mismos horrores pasaron los infelices prisioneros a su llegada a Fernando Póo, pero el indomable espíritu del gran revolucionario se sobrepuso a todo, y el

21 de junio de 1869, en una frágil barca, huyó de la isla con varios compañeros teniendo la fortuna de ser recogidos por un buque inglés que les puso a salvo de toda persecución.

Bravo se trasladó a Nueva York y laboró activamente entre los emigrados en apoyo de la revolución, mientras esperaba la oportunidad de trasladarse a Cuba para combatir por la independencia. En las columnas de *El Demócrata* comenzó muy pronto a dar señales de su independencia de carácter y de la exaltación de sus ideas, poniéndose en frente de Aldama, Echeverría, Piñeyro y los demás miembros de la Junta, cuyas vacilaciones condenó enérgicamente. No obstante esas campañas, aceptó el nombramiento de Agente en Venezuela, que desempeñó en medio de las más difíciles circunstancias hasta que se vió forzado a renunciar el cargo cuando fué dejado sin recursos en Caracas. Vuelto a Nueva York, arreció en sus ataques a los representantes de la revolución, a los que tildaba de tibios e indiferentes por la causa de Cuba en sus virulentos artículos mientras mantenía estrecho contacto con los hermanos Quesada, cuñados de Carlos Manuel de Céspedes, en espera de venir a Cuba con la primera expedición del *Virginius*, como al fin pudo hacerlo.

En la manigua, después de eludir milagrosamente la persecución de los españoles que atacaron a aquel contingente de refuerzo que se llamó *Expedición de los burros*, Bravo Senties se convirtió en seguida en el hombre de confianza de Céspedes. Fué su secretario particular y más tarde desempeñó las carteras de Estado y de la Guerra y fué miembro de la Cámara, distinguiéndose siempre por su inquebrantable adhesión y lealtad al Padre de la Patria. En la obra del irlandés O'Kelly, titulada *La tierra del mambí*, el famoso periodista aventurero habló con elogio de la cultura, las maneras y el valor de Bravo Senties. Y así la totalidad de los historiadores de la década gloriosa.

La destitución de Céspedes le afectó profundamente. Fiel al gran amigo caído, caído a virtud de procedimientos y causas sobre las cuales la Historia aún no ha pronunciado su último fallo, Bravo Senties, desde ese momento, hostilizó a todos aquellos que de alguna manera habían intervenido en el acto de Bijagual, dificultó su gestión política y trató de quebrantar su prestigio y su poder. Organizó en plena manigua una sociedad secreta, *El Silencio*, cuyo jefe fué él, y por ella minó la autoridad del presidente Cisneros Betancourt. En un momento que consideró propicio, respaldado por las tropas de Tunas que mandaba Vicente García, provocó el conflicto de las Lagunas de Varona y poco después el de Santa Rita, produjo la renuncia del marqués de Santa Lucía y determinó males inmensos, que nunca imaginó, a la causa reovolucionaria, mientras quedaba desamparado Máximo Gómez con sus invasores en Occidente.

Genio del mal le llamó Díaz de Viegas con estos antecedentes; pero sin duda que hay injusticia en esa opinión. La actitud de Bravo Senties respondía a principios doctrinales y políticos además de su amistad con el mártir de San Lorenzo. Una de las medidas propuestas a Cisneros por los amotinados de las Lagunas de Varona era la de la creación del Senado, cuerpo legislativo que habría de recortar las amplísimas y peligrosas facultades de la Cámara constituida en Guáimaro, para balancearlas. Y esa proposición, debida a Bravo Senties, era una de las ideas fundamentales por él expuestas y defendidas en las columnas de *El Demócrata* mucho antes de su regreso a Cuba, con la extraordinaria previsión que le hizo ver cómo, huyendo de la dictadura unipersonal, los constituyentes de Guáimaro habían establecido la de una oligarquía no menos peligrosa por omnímoda e irresponsable.

*Janero
1931*

Después de aquellos motines cuya influencia disolvente fué mucho más allá de lo que el patriotismo indiscutible de Bravo Senties pudo imaginar, el gran agitador, hecho jefe de sanidad de Oriente, quedó incorporado a la columna que operaba en Guantánamo, y ya en las últimas semanas de la guerra, con la tuberculosis en su organismo, andrajoso, extenuado y casi indefenso, fué herido y hecho prisionero en un combate que dispersó con grandes pérdidas a las fuerzas de Jesús Pérez, entre las que militaba.

Bravo Senties salvó la vida por disposición de Martínez Campos, cuya política de atracción regía en toda la Isla, y una vez curado se le permitió trasladarse a los Estados Unidos. Volvió después del Zanjón, y al momento su nombre figuró entre los organizadores del Partido Liberal, junto a la brillante pléyade de ilusos que creyó en la posibilidad de que Cuba obtuviese concesiones políticas de España. No tardó mucho, sin embargo, en ir a residir nuevamente en Cárdenas, donde conservaba sus camaradas de la juventud y podía ganar su sustento con el ejercicio de su profesión.

La terrible enfermedad contraída en la manigua destruyó sus pulmones y con dificultad obtenía ganancias suficientes para hacer frente a sus necesidades más perentorias. Los primeros fríos del mes de diciembre de 1881 acabaron con su vida, y su cadáver, velado por contadísimos amigos, fué enterrado de limosna gracias a la generosidad de un compañero leal.

3 Dec 1881

Una nota necrológica en *El Triunfo* anunció la desaparición del rebelde y ardiente patriota que en la Guerra de los Diez Años había desempeñado los más altos puestos de la organización civil revolucionaria, excepción hecha de la presidencia de la República, y que hasta había sido jefe de estado mayor del ejército cubano, y su nombre se hundió en la nada, perdiéndose para la Historia, por más de media centuria, el recuerdo de su carrera política llena de pasiones y de virtudes y tan digna de ser rememorada.

La Habana, octubre de 1930.

